



Domingo Faustino Sarmiento

Scènes de la vie privée et publique des animaux
Études de moeurs contemporaines

(Mercurio del 22 de junio de 1842)

Esopo, Fedro, Lafontaine, Iriarte y otros fabulistas habían, en diversas épocas del mundo y en diversas lenguas, pintado las propensiones, vicios y virtudes de los animales aplicando a la sociedad de los hombres la moral que de aquellas observaciones deducían. Hoy, que todo se hace al revés de lo que hacían nuestros antepasados, se ha dado en la flor de pintar en los animales los vicios y ridículo de los hombres, formando un ramo nuevo de literatura que, si no se le confunde con el apólogo, no tiene aún nombre reconocido. Hace cosa de dos años que se principió en París la publicación de la Vida pública y privada de los animales descrita por ellos mismos, en papel marquilla y con tan hermosas láminas que es una maravilla. Plumas como la de George Sand y Balzac, y buriles tales como el de Grandville, han dado a esta célebre composición una reputación verdaderamente europea. Asombra, en efecto, ver el profundo estudio que de los caracteres exteriores de las pasiones humanas se ha hecho, y la admirable fidelidad con que han sido delineadas en los animales. La escena de la publicación principia por la reunión de un congreso general tenido por los animales de la menajería y diputados de las provincias reunidos en el Jardín de Plantas a la luz de las estrellas, en el que después de serios debates y de haber hecho su elogio el burro, la muía obtiene para la presidencia el sufragio universal. Ocupa la silla, y los animales domésticos, inofensivos, se colocan a la derecha, que como todos saben, es el lado en que en las cámaras francesas están sentados los partidarios del gobierno. Allí está el generoso caballo, el tímido ciervo, el noble elefante, el manso y astuto carnero, el inmundo chanco y el lúbrico chivato. Sobresalen en la izquierda, entre los miembros de la oposición, el león temible, el tigre carnicero, el lobo hambriento y otras categorías montaraces e independientes. El centro lo forman los animales rastreros, sin carácter conocido y sin opinión propia, tales como la tortuga, la culebra, el alacrán, el sapo y otras alimañas de

este jaez. La astuta zorra se ha colocado al pie de la mesa del presidente por no comprometerse con ningún partido; el mono y el loro son los redactores de las sesiones, el uno imita la acción y el otro repite las palabras. Hay un momento de silencio, la discusión principia, el camaleón sube a la tribuna, y en lenguaje muy limado y castizo expone a la honorable representación que tiene entonces, como siempre, el honor de ser del parecer de todo el mundo. Pero le sucede el león como orador de la oposición y da tal rugido que la consternación se introduce en la derecha; dispárase el ciervo, da un bufido de espanto el caballo, el perro aúlla, y la zorra se va poco a poco acercando a la izquierda por si se van a las manos; el orador vomita pestes contra los hombres que tienen esclavizados a los animales, hace llover dicerios y sarcasmos sobre los cobardes que se han sometido a su imperio para ser devorados unos en pos de otros; pinta con nobles rasgos la independencia de los bosques, la vida patriarcal, las escenas de la naturaleza, e invita a toda la honorable asamblea a romper el ignominioso yugo de la servidumbre y seguirlo a los campos. La izquierda prorrumpe en aplausos, mientras que los diputados de la derecha se miran unos a otros; la zorra admira la tonante elocuencia del orador y convida a un gallo y a otras aves domésticas a apoyar la moción; el lobo está mirando de hito en hito al carnero, como si ya lo viese fuera de la garantía de la fuerza legal. La discusión continúa y la atención de la asamblea se distrae hasta sofocar la voz de no sé qué orador oscuro que pondera las ventajas de la vida civilizada, con los cuchicheos de la conversación. Sería interminable referir todos los sucesos de esta memorable sesión que concluye en arreglarse la redacción de la Vida pública y privada de los animales para ejemplo de los hombres.

La Historia de una liebre principia la publicación. ¡Cuánto ha padecido, cuántos ultrajes ha tolerado por no desagradar al rey! Es ésta una historia de una belleza inimitable, y ¡qué láminas! La liebre tiene un desafío con un gallo pisaverde. ¡Qué terror en la cara de la liebre! ¡Qué cobarde! Pero el padrino, que es tío Dogo, su amigo, le dice que es preciso batirse por el honor, le pone la pistola en la mano, apunta temblando la liebre, aprieta los ojos, da vuelta la cara, dispara sin saber lo que hace, y ¡oh dolor! mata al gallo más valiente que se conoce en diez leguas a la redonda. ¡Una liebre mata a un gallo!

Mil historias, a cual más picante, forman la colección. Historia de una gata inglesa, célebre crítica de las costumbres de las mujeres de la vieja aristocracia de Inglaterra. Se enamora aquélla de un gato francés llamado Brisquet, muy petimetre, un dandy secretario de la embajada. La seduce éste, la cita a un tejado, y en los coloquios amorosos, abrazos y tirones, saltánsese del bolsillo las instrucciones privadas de su gabinete, que llegan a manos de Lord Palmerston y le instruyen que la paz armada de la Francia, los nuevos alistamientos, los preparativos militares, son una farsa, y el tratado de 14 de julio se concluye, y los asuntos de Oriente se arreglan por las potencias, sin consultar a la Francia. ¡De éstos y aun menores accidentes depende a veces la suerte de las naciones! ¡Qué moral para los pueblos!

Aventuras de una mariposa. ¡Cómo pintar, en un extremo de la tela de mi artículo, su viaje sentimental de París a Badén, sus amores aéreos y fantásticos, su casamiento y su subsiguiente muerte!

La medicina tiene sus representantes, la cirugía sus cadáveres que disecar. El doctor Cuervo hace de su pico escalpelo, y en un dos por tres en junta numerosa de facultativos se hace la autopsia, examinan las entrañas del muerto, toma cada uno un miembro; éste se propone demostrar el nervio simpático, que separa cuidadosamente de las carnes que lo encubren; aquél saca un ojo para ver el aparato óptico; otro escudriña el cerebro, y todos, en fin, se retiran a poner por escrito en una memoria su disertación, porque es cosa ésta de masticarla y digerirla despacio; cogen el vuelo pausadamente como

conviene a la facultad, y queda sobre el anfiteatro, en lugar del cadáver, la armazón huesosa, limpia y monda. ¡Oh médicos!

Se sigue un tribunal de justicia. Hay una demanda entre el lobo y un cordero, a quien no se le oye por falta de testigos que acrediten la verdad del ultraje que ha intentado hacerle el lobo. El perro pastor es tachado por su conocida enemistad con el lobo. Vuelve el cordero a sus campos y el lobo a sus antiguas mañas, y un día logra por fin comerse al cordero. Aquí de la justicia que protege siempre al débil contra el opresor; los gendarmes echan el guante al criminal, lo meten en un calabozo, se sigue su causa, se le confronta con la víctima, confiesa su delito, se compone con Dios haciendo una buena confesión, y al día siguiente mi don Lobo es ahorcado en la plaza pública. El pueblo se divierte, y el cordero comido ya está comido, y el que la hace que la pague, y los ciegos cantan al día siguiente de la aventura:

Vous dans les sentiers du crime qui pourriez être entraînés par cet exemple, apprenez que celui qui fait le mal est un méchant animal.

Hay la historia del asno, el ratón filósofo, recuerdos de una corneja vieja, historia de un lagarto, viaje de un león de África a París, y otros muchos temas de composiciones llenas de sal y verdad. Sería nunca acabar el intentar dar de ellas una relación ni abreviada siquiera.

La crítica literaria no está libre de figurar entre los animales. Un loro clásico repite lo que ha leído en Boileau, La Harpe y una traducción de Hermosilla, y da vueltas en su aro, y haya república, haya democracia, él canta con un aplomo imperturbable: lorito real, para la España y no para Portugal,

Tiquen, toquen, clarinetes y cajas, que pasa el rey para su casa.

Un perro rabioso ladra a todos los escritores, a los actores, a la empresa y al gobierno; la rabia le ahoga, se muerde él mismo la lengua y se envenena. Quien tal hace que tal pague, y con la vara que mides serás medido, y quien a cuchillo mata a cuchillo muere. Remitimos por mayores detalles a nuestros lectores al libro publicado en diciembre en París, Hetzel Paulin, calle del Seine, 33.

Lo que más nos ha sorprendido en esta colección y de lo que nos habíamos abstenido de hablar hasta ahora, es de la composición que lleva por título Los Gallos Literatos, que nos proponemos traducir porque creemos que agradará tanto más a nuestros lectores, cuanto que hoy se ha despertado la atención pública con la cuestión del romanticismo y clasicismo, los antiguos y los modernos, los puristas, los innovadores y qué sé yo qué otra pamplina de este jaez. Ya se imaginarán nuestros lectores cuánto talento habrá desplegado en los gallos literatos George Sand, este corifeo hembra de los que no han dejado títere con cabeza, ni cosa en su lugar con el estrafalario romanticismo. Pero es lástima que no podamos reproducirlo todo, por exceder de los límites de una publicación periódica.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

